

5/

la  
nueva**IGLESIA**

**U**N ser distinto y extraño, eso es «la nueva Iglesia» que comienza a existir entre nosotros, fatigosamente. Todo es diferente en ella, y hasta los rasgos del Dios que ahora nos ofrece han perdido aquella tradicional dureza y severidad para esbozar un perfil bondadoso. Los anatemas han sido bloqueados. Las excomuniones,

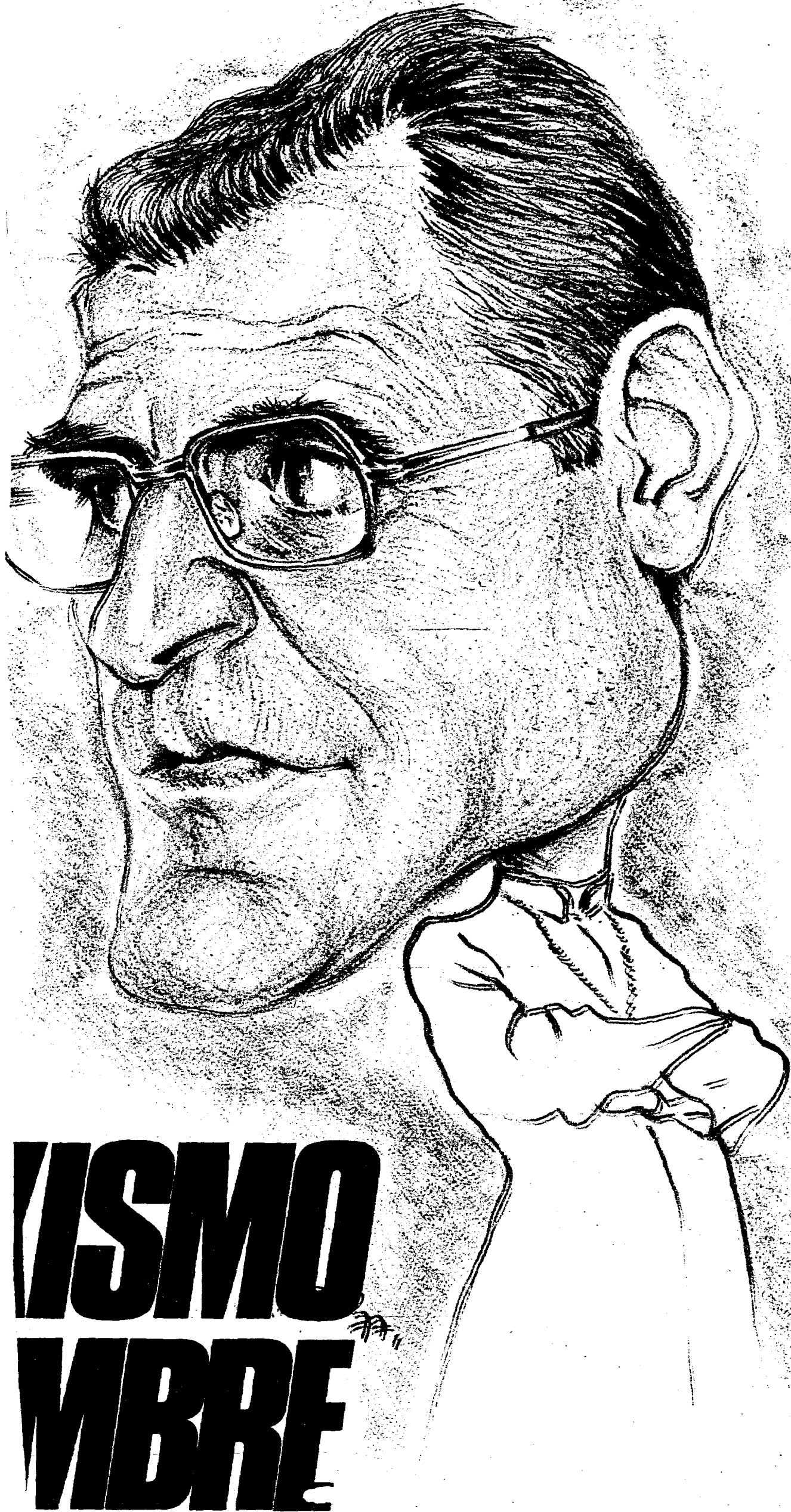
retiradas del uso y una especie de desarme cívico comienza a imponerse sobre la legión de sacerdotes, religiosos, monjas y prelados, que constituyen la antigua «milicia de Cristo». Ya no hay «apartheid» religioso y todos los hombres son iguales.

Esta serie, cuyo prólogo fue la entrevista a monseñor Estepa (Catequesis), cardenal Tarancón (Iglesia), arzobispo de Zaragoza, Yanes (enseñanza de religión), Miguel Roca (teología política), Bernardo Herréiz Rubio, gerente del Episcopado, es una laboriosa expedición al centro mismo de esa nueva Iglesia en España. Como en el caso del eurocomunismo, también es lícito preguntarse aquí si esa nueva Iglesia no es una estrategia, un puro montaje táctico y por lo mismo provisional.

Nos proponemos abordar a los líderes de esa nueva Iglesia durante varias semanas. Y que nuestros lectores juzguen su autenticidad.

**ENTREVISTA A FELIPE FERNANDEZ GARCIA, OBISPO DE AVILA**

**RECHAZO EL MARRA  
EN NOMBRE DEL HO**



Los años sesenta marcan en España la presencia de una generación de obispos cuyo lema es la sencillez.

Ni oros pectorales ni sotanas moradas, ni tratamientos ampulosos: utilizan transportes públicos y coches utilitarios, carecen de escudos de armas y de escolta clerical. Resulta difícil identificarlos a primera vista, con sus trajes grises o negros, y la muceta blanca al cuello. Son los obispos de a pie.

Uno de ellos es Felipe Fernández García, el obispo más joven de España cuarenta y dos años, titular de Avila, donde vive en una casa de vecinos de la calle Eduardo Marquina, 27, piso segundo, letra C.

(«El primer día que vine a vivir aquí fui llamando a la puerta de cada piso para saludar a los vecinos y ofrecerme a ellos.»)  
Es fácil imaginar la escena: Suena el timbre de la puerta.

«Niña, abre, que llaman».  
«¡Mamá, el obispo!»  
El soponcio inicial era reemplazado muy pronto por la curiosidad primero y el afectuoso respeto después hacia aquel hombre con traje gris y aire desamparado, solitario y sencillo, con el que se iban a encontrar diariamente en las escaleras, y que repite al estilo leonés, «servidor».

Todavía un dato.

El nuevo talante episcopal no nació en España por generación espontánea, sino que es la última síntesis de una renuncia al poder iniciada la década anterior.

El resultado es que comienzan a apagarse aquellos deslumbrantes resplandores que iluminaban noche y día el trono episcopal, mientras que se extiende rápidamente el convencimiento de que ni los niños vienen de París, ni los obispos descienden en persona del paraíso.

## RELATO INEDITO

# UN CURA SE ENTERA QUE VA A SER OBISPO, PERO TODAVIA NO PUEDE DECIRLO

—En realidad, nunca llegué a saber exactamente quién dio mi nombre para la lista de candidatos a obispo. El caso es que yo aparecía en la lista, aunque no lo supe hasta mediodía del lunes 16 de agosto de 1976.

De un tiempo atrás estábamos sin obispo en Plasencia, y yo ejercía de Vicario de Pastoral. El trabajo era muy intenso y sólo cuando llegó el verano pude atender varios compromisos de tandas de ejercicios espirituales y cursillos. Pero le había prometido a mi madre que acudiría al pueblo —San Pedro de Trones— para la Virgen de agosto y allí estaba yo aquel fin de semana, el sábado 14, cuando sonó el teléfono. Era una conferencia de Madrid y se oía francamente mal. «Sí, Felipe Fernández, servidor. ¿De la Nunciatura? ¿Que vaya urgente?» A grito pelado les dije que estaba solo en el pueblo— el cura se había ido a descansar cuando llegué— y que tenía que decir la misa del domingo. «¿El lunes? ¿Que vaya el lunes?». Total, que cuando colgué el teléfono me topé con mi madre, que me contemplaba en silencio y gozosa. Tengo que decir aquí que somos cinco hermanos sacerdotes, pero que mi madre estaba persuadida de que su último hijo, yo, llegaría a obispo. De modo que aunque traté de convencerla de que aquella llamada carecía de importancia, no se lo creyó. Ni yo. Desde la tarde del sábado hasta las doce del lunes siguiente tuve tiempo de pensar y hacer conjeturas, porque naturalmente no me habían dicho una sola palabra sobre el motivo de aquella insólita cita. Por muchas vueltas que le daba al asunto sólo encontraba dos razones. Una, que me llamaban para que les facilitase determinados informes sobre la diócesis de Plasencia, aún sin obispo. Y la otra que —como creía mi madre— me iban a hacer obispo. No parecía lógica otra alternativa. El peso de la segunda razón, yo obispo, me intranquilizaba profundamente, pero la persuasión de que de producirse esto —que, la verdad, lo veía casi

imposible— sería para ir de auxiliar con algún obispo experimentado me apuntaba a estar algo más tranquilo.

El Nuncio comenzó preguntándome datos de varias diócesis y, por último, sobre Avila. Y entonces me dijo: «¿Aceptaría usted ser obispo de Avila?» Me quedé helado. Yo jamás había movido un dedo por pedir algo para mí y marchar solo a una diócesis me parecía extraordinariamente superior a mis fuerzas. Así que le dije al Nuncio: «Pero ustedes han pensado bien este asunto antes de preguntarme si acepto?» Me respondió que sí. «Entonces yo no tengo razones para decirle que no», le contesté. Cuando hube aceptado, el Nuncio me explicó que aquello no quería decir, al cien por cien, que iba a ser obispo de Avila. Se trataba de que iban a proponer mi nombre a Roma, y lo más probable es que lo aceptaran. Pero que todo era simple hipótesis aún. Le dije que no se preocupara, que si decían que no lo aceptaría con tranquilidad. Además, nadie lo iba a saber.

Regresé a casa achacando a un tema sin mayor importancia la entrevista, además de que todo aquello de «hipótesis» y «no seguro» echaba bastante agua al asunto. Por lo que he sabido después, desde el momento en que toman nota de un nombre para obispo envían diversas cartas —interrogatorio— informe a personas que conocen al candidato, obligándoles bajo severas penas a mantener el secreto de su informe. Superado este trámite, y obtenido el consentimiento del candidato, el expediente es enviado a Roma, a una comisión de obispos que examinan cuidadosamente todo; además, creo que Pablo VI controla esto muy personalmente y no firma por trámite. Pues bien, ese camino no llevaban entonces mis papeles, en la segunda quincena de agosto. Además, yo iba a ser el primer obispo que era nombrado según el nuevo protocolo acordado tras la renuncia del Rey al derecho de presentación.

El 6 de octubre, «el padre

Tal» llamó por teléfono a la casa de Plasencia, donde yo vivía con otros tres sacerdotes. Me habló en clave, para decirme, «ya ha llegado eso, lo que esperábamos». «¿Cuándo puede usted venir a firmar? ¿Mañana?» Al día siguiente, fiesta de la Virgen del Rosario, le dije a mis tres compañeros que me iba a ver a un cura, cosa que acostumbraba a hacer por mi cargo de vicario, y viajé a Madrid. En la Nunciatura firmé una especie de «enterado», en el que poco más o menos decía que «habiendo sido informado de mi nombramiento para la sede de Avila manifestaba mi disponibilidad y libertad absoluta para aceptar. El Nuncio me advirtió que debería mantener secreto absoluto todavía durante quince días. Esas dos semanas son las que se conceden al Gobierno por si tiene que formular algún reparo sobre el nombramiento, quedando libre la Iglesia de aceptar o no el reparo de las autoridades civiles». ¿Podía decirse por lo menos a mi madre? No. Los familiares revelan a veces el secreto involuntariamente, y había casos en que por la imprudencia sin malicia de un familiar se había suspendido el nombramiento de un obispo. Hasta las doce del mediodía del 23 de octubre, secreto total. Aquellas dos semanas me dieron varias ocasiones de sobresalto y de regocijo, como cuando en una reunión de curas afirmaron que Elix Yanes venía, seguro, de obispo de Avila. Me llevé un buen susto con dos chicas que se me acercaron preguntando «si podían saludar al nuevo obispo de Avila». Me quedé de piedra, pero pronto vi que era una broma y que no sabían una palabra. El 23 llamé a un tío mío, cura de Plasencia, para que viniese a mi casa a las doce, porque quería hablar con él. Pedí una conferencia con mi pueblo para esa hora. Cuando llegó mi tío, a las doce, estaba yo al teléfono y le hice señas de que escuchara lo que iba a decir en aquel momento: «Madre, el Papa me ha nombrado obispo de Avila».

## ENTREVISTA CON EL OBISPO DE AVILA

Hoy se entra a pie llano y casi sin protocolo para visitar a los hombres de autoridad y poder; los únicos obstáculos son tal vez ahora los cordones de seguridad en ciertos casos. Al parecer, los obispos no son ajenos a estas nuevas formas sociales.

—La jerarquía eclesial ha estado afectada por los modos mundanos, pero ahora se impone una vuelta al Evangelio. Los obispos no somos «príncipes de este mundo», ni en el evangelio es posible encontrar una invitación al prestigio y al autoritarismo. De modo que los obispos y la Iglesia entera se plantea hoy con más conciencia que en otras épocas la tarea de redescubrir su misión a la luz del evangelio. La función del obispo bajo esa luz es la del apóstol, es decir, la del testigo de Jesús: «un creyente que vive la Buena Nueva del Reino y la anuncia a los demás».

—Sin embargo, y hablando con algunos obispos, he captado un cierto sentido de privilegio en cuanto que ellos se sienten llamados, digamos, «para mantener el orden jerárquico en la Iglesia».

—Probablemente está usted confundido. El obispo no es un guardián del orden jerárquico. El obispo es un hombre que nace de Jesús a través de quienes Dios ha puesto al servicio de la Iglesia, y recibe el Evangelio para proclamarlo no por vía de autoridad, sino por vía de servicio.

Si se olvida uno de que está hoy delante de un obispo —y esto es relativamente fácil, porque ninguna señal externa en su vestimenta advierte su categoría—, la conversación circula con facilidad. Sin embargo, ciertos sobresaltos parecen inevitables, por lo menos ahora, al principio. De otra parte, la diócesis de Avila ocupa uno de los últimos puestos en la clasificación de renta «per cápita» nacional. Me pregunto entonces si este talante, esta forma de presentación del obispo de Avila no le crea a veces algún problema, por el apego de las gentes a los símbolos externos y su falta de costumbre en prescindir de «colores» de autoridad.

—Al principio, sí. Acostumbro a coger el coche y visitar sin aviso previo alguna parroquia de aldea. Más de una vez me encontré al párroco desconcertado por mi visita. «¿Pero ha venido usted solo en ese cochecillo?», me preguntaba sin ocultar del todo su asombro, y si me apura un cierto escándalo. «¿En ese coche utilitario, y sin banderín, ni escudo, ni nada? ¡Además, sin sotana! ¿Cómo le digo yo ahora a esta gente que usted es el obispo?». Claro que mi relación con los curas y mis diócesanos ha cambiado sustancialmente desde entonces. Avila tiene más de doscientos núcleos rurales, aldeas hasta de treinta vecinos, por lo que es posible que pueda estrecharle la mano a todos, y hasta intentar establecer una relación personal con cada uno de mis diócesanos.

—Metidos ya en la harina de las



relaciones del obispo, ¿cómo se realizan esos contactos en los diversos planos?: la Conferencia Episcopal, la archidiócesis, y luego, ya aquí, los curas y los creyentes.

—A nivel de Conferencia Episcopal sólo tengo una experiencia: la del pleno que se celebró en junio. Fue el primero al que asistí, y queda todo dicho anticipándole que ahora cuento los días que faltan para la plenaria que se celebrará dentro de unos días. Voy muy a gusto, y escucho muchas cosas que me vienen muy bien; allí uno se forma. La plenaria de la CE es una especie de cursillo de formación para obispos. Por lo demás, el clima es el normal de un grupo de familia que se reúne. Las otras reuniones, las que celebro con los obispos de la archidiócesis de Valladolid, a la que pertenece Avila, son más frecuentes. Desde que soy obispo, hace un año, hemos tenido media docena de esas reuniones, que duran de la mañana a la noche. Es-



■ **EN EL EVANGELIO NO HAY INVITACION ALGUNA AL AUTORITARISMO**

**EN CADA TRASLADO DE CURA PROCURO BUSCAR SIEMPRE SU CONSENTIMIENTO PERSONAL**

■ **LA MISION DE UN OBISPO EN EL CAMPO POLITICO ES AYUDAR A DESCUBRIR LA IMPORTANCIA CRISTIANA QUE TIENE LA POLITICA COMO SERVICIO AL PROJIMO**

■ **SEMBRAR FE ES SEMBRAR VALORES DE PROFUNDA REPERCUSION POLITICA**

■ **EN ADELANTE, LOS CRISTIANOS TENDRAN QUE MOVERSE EN LA POLITICA NO POR CONSIGNAS DE LA IGLESIA -QUE NO LAS VA A DAR-, SINO POR AUTENTICA FE**

■ **LA IGLESIA ESPAÑOLA DEBE RESPETAR SIN AMBIGÜIDADES, LA LEGITIMA OPCION POLITICA DE LOS CRISTIANOS**

tas son jornadas muy sobrecargadas de trabajo, porque la agenda siempre abarca más de lo que podemos hacer. Naturalmente, las relaciones con mis sacerdotes las cuido también mucho. Aparte que el obispo no puede apacentar sin ellos su diócesis, y de que son la prolongación de mi ministerio, procuro dar cuenta de que ellos también son personas a las que está enviado el obispo, y me intereso por sus situaciones personales, cómo viven, si tienen o no familia, profundizando en estos extremos. Por ejemplo, he procurado de manera especial también, por las circunstancias que vive el país, ayudarles a estar preparados para afrontar la situación política española.

—Uno de los mejores «test» para valorar la relación obispo-cura puede ser el capítulo de traslados y de nombramientos. Hace unas décadas vivió en Granada un arzobispo que, un día determinado de septiembre —los nombramientos y traslados suelen hacerse en ese mes para los curas— se encerraba con su sotana y capa morada en una habitación donde había sido colocado un gran mapa de la archidiócesis, en el que aparecían banderitas sujetas con alfileres, con los nombres de los párrocos y coadjutores clavados sobre sus respectivos pueblos. Entonces el arzobispo, durante varias horas, celebraba una especie de danza de los alfileres, desclavaba y clavaba en otro sitio, corregía, y finalmente abandonaba la habitación haciendo un gesto al salir que sus secretarios interpretaban como: «Señores, ¡ahí queda eso!» Sin ir más lejos, en Madrid, todavía hoy el procedimiento más usual

es la carta. ¿Cómo es en Avila, con un «obispo de a pie»?

—Fundamentalmente, estudio cada problema con cada uno de ellos. Este año ha sido la primera vez que he firmado traslados y cambios, efectivamente, en el mes de septiembre. Procuro buscar el consentimiento personal del interesado, aunque a veces el traslado exige un sacrificio, pero se le explican entonces las razones para que asuma el sacrificio, en libertad. Puedo decirle que me he encontrado un grado de aceptación plena por parte de los sacerdotes. Al saber cada uno de ellos el porqué del traslado, cómo he llegado a esa conclusión y que no hay la más leve sombra de autoritarismo, aceptan sin reservas la decisión que les propongo. Otra cosa puede ser las comunidades parroquiales, que se resisten en ocasiones a aceptar que se marche un sacerdote con el que han convivido y al que quieren. Por ejemplo, ahora tengo un caso que resolver, y viajaré uno de estos días a ese pueblo, para reunirme con ellos y explicarles por qué tengo que trasladar a sus dos curas. Son dos sacerdotes ejemplares, pero no acaban de llevarse bien entre ellos, porque tienen caracteres distintos —como Pablo y Bernabé tampoco hacían buenas migas—, y ¿qué necesidad hay de amargarse la vida, de sufrir también por esto? En estas ocasiones es preferible, para mí, explicar el asunto a las gentes y recibir las comisiones que vienen con sus pliegos de firmas y sus razones a defender, conmovedoramente, a su sacerdote contra una decisión que creen equivocada. Les escucho, hablamos, y al final, cuando ven que el obispo no ha obrado por capricho, acatan y aceptan la decisión que les propongo.

—El objeto de estas entrevistas es intentar explicar un hecho que se está produciendo en la sociedad española, el nacimiento de una Nueva Iglesia. Hoy toca el turno a los obispos como tales. ¿Qué es lo que da unidad interior a los obispos de esta Nueva Iglesia? ¿Qué es este obispo «a pie»?

—El obispo es un hombre que ha visto a Jesús, que ha sentido la luz y la verdad que nos viene de Jesús, y da testimonio en la sociedad de todo ello. Es un hombre religioso, un creyente hondamente persuadido. Lo que me da unidad es el hecho de sentirme testigo y saber que estoy asistido por el Espíritu Santo. La misión que tengo que realizar cada día es total y absolutamente desproporcionada para mis fuerzas, y algo semejante dirán todos mis hermanos del episcopado. Pero estoy asistido y seguro mientras sepa cuáles son mis raíces.

—La falta de sotana morada, e incluso de sotana, pues prefiere el traje gris con alzacuellos blanco y de vistoso pectoral, la ausencia misma de una guardia pretoriana que imponga protocolo, ¿se puede interpretar también como una especie de «sicología de asalto», tipo Dalíe Carnegie?

—Cuando se hizo público mi nombramiento, una casa especializada en el tema se puso en contacto conmigo y me pidió que le diera los datos para hacerme mi escudo, con su leyenda abajo. Procurando no molestarles, me opuse a mantener una tradición que cada vez tiene menos sentido. Mi escudo, mi lema, mi trabajo y mi ministerio es el Evangelio, y basta. Un apóstol de Jesús. ¿Hace falta para ser eso un escudo, o una sotana morada? Lo de la so-

# ENTREVISTA CON EL OBISPO DE AVILA

tana tiene gracia, porque el sastre, cuando me tomaba las medidas para hacerme un par de sotanas porque me habían nombrado obispo, se negó en redondo a obedecerme cuando le sugerí que nada de sotanas moradas. «Si le han nombrado obispo tiene que hacerse una sotana morada. Obligatorio. Si no es como si no fuera obispo.» Me la hice, y nunca me la he puesto ni creo que me la pondré. Es decir, mis actitudes son inductivas en este punto: arranco de una postura mental, el Evangelio, para llegar a unas conclusiones. Naturalmente, considero fuera de lugar cualquier argumento de tipo «psicológico», que sólo podría explicarse por unas motivaciones ajenas por completo al Evangelio.

—Saludos en la calle aparte, el obispo de Avila se relaciona con sus diocesanos mediante frecuentes visitas a los núcleos urbanos y rurales. Allí, además de celebraciones de la fe, mantiene unas catequesis con los diversos grupos de gentes, según las edades. ¿Cómo les habla?

—Por ejemplo, suelo celebrar la misa y saludar a todos, antes o después. Sólo acostumbro a visitar las casas de los enfermos. Y al final del día me reúno en la iglesia con las personas mayores —antes lo hago con los jóvenes—, y allí les lanzo unas preguntas escalonadas, y hablamos. Con los adultos suelo comenzar: «¿Es más difícil hoy ser cristiano o es más fácil que antes?». Después: «¿Es posible ser cristiano hoy, o no?». Allí les explico cómo no nos apoyamos ni en la cultura, ni en la política, ni en la economía, sino en Jesús, para ser buenos cristianos. Y terminamos buscando respuestas a otra pregunta: «¿Cómo se puede ser un buen cristiano hoy?». Les explico, en resumen, que Jesús no nos llama al miedo, sino a la fe. Insisto mucho en que valoren las celebraciones de la fe. Hay mucha gente despistada que a fuerza de oír decir «ser cristiano no consiste en ir a misa, sino en ser honrado», ya no va a misa. Pero ser cristiano «también» consiste en ir a misa. Al dejar de participar en esas celebraciones pierden sintonía, y la vida se hace más secularizada.

—El obispo de Avila parece un hombre optimista.

—Todos los cristianos debemos serlo: tenemos que manifestarnos salvados.

—En toda sociedad, y también en la española, por lo tanto, hay unas grandes líneas de fuerza que caracterizan la época. Parece que la política es una de ellas.

—Creo que sí. Y el papel de un obispo ante una situación como la de nuestro país es, a mi juicio, sembrar fe. La siembra de la fe es también la siembra de unos valores que tienen profundas repercusiones políticas. Ante la inflación política de partidos que padecemos hoy, estamos menospreciando la importancia que tiene el Evangelio, no sólo para quien lo acoge, sino para la vida de los pueblos. Más allá de todos los

«pactos», ¿no estamos necesitados de una vuelta a los valores evangélicos de solidaridad, de justicia, por ejemplo, asumir equitativamente los costos de una crisis económica, honradez? Un pueblo que pierde este suelo de hombre se queda en puro pragmatismo, pierde quizá lo más serio e importante que tiene.

—Históricamente, la misión de un obispo ante la política ha querido ser instrumentalizada por todo el arco constitucional de los partidos. Sin embargo, parece que se acabó la misión «participativa» y directa del obispo en la política.

—La misión de un obispo en este campo de la política es ayudar a descubrir la importancia cristiana que tiene la política como servicio al prójimo. Ayudar a los cristianos a descubrir una sociedad, también cristiana, de servicio, y alentarlos y estimularlos con actitudes cristianas en esa vida política. Por ejemplo, ayudar a los cristianos a adquirir criterios de

es uno de los mayores expertos en marxismo y cristianismo del episcopado español. Doctorado en Ciencias Sociales por la Universidad Gregoriana de Roma —carece de grados académicos en derecho canónico, lo que no deja de ser un dato significativo, pues los estudios jurídicos superiores han sido, durante mucho tiempo, «conditio sine qua non» para el episcopado— ha leído las obras completas de Marx y su especialidad tiene que ver con este filósofo, creador del marxismo.

—Capté la fuerza enorme que tiene el marxismo, lo estudié a fondo, y he llegado a la conclusión de que es una doctrina que, junto a elementos muy valiosos, tiene algunas muy serias, por lo que es preciso situarse ante ella desde una postura crítica que ni condene todo ni bendiga todo tampoco.

—Sería interesante que el obispo analizara las diferentes opciones que el marxismo ofrece, digamos, a un cristiano.



discernimiento de las vías políticas diversas, fomentar la ética y hacerles ver también que la política no es todo para el hombre, que no da la respuesta total: que el hombre tiene dimensiones a las que no responde la política.

—Ante determinadas opciones políticas que se ofrecen al cristiano hoy, los obispos, sin embargo, no señalan ya nombres y apellidos políticos.

—Los cristianos, en adelante, tendrán que moverse no por consignas de la Iglesia —que no las va a dar—, sino por su auténtica fe. A la Iglesia no corresponde ni decir a qué partidos hay que votar, ni siquiera condenar partidos. La Iglesia española debe respetar sin ambigüedades la legítima opción política de los cristianos.

Resulta que el obispo de Avila

—Los planos podrían ser tres: teórico, afiliación y voto. El primero, el marxismo teórico, exige a su vez una postura crítica. El cristiano tiene que agradecer al marxismo el descubrimiento del peso que tiene en la vida de los pueblos la economía, y esto es algo que puede asumir. Sin embargo, ese cristiano tiene que rechazar la visión marxista de la historia que cierra el hombre a la transcendencia. Personalmente rechazo el marxismo, no en nombre de la fe, sino en nombre del hombre. El marxismo tiene que restaurar el concepto del hombre. El segundo plano de opción sería la militancia, adquirir el carné. Puedo decir que la aplicación, en las reuniones de partido, de un determinado tipo de análisis, unilateral, constantemente mantenido, acaba por mu-

tilar al hombre. Este puede ser el caso de los Cristianos para el Socialismo, que a fuerza de aplicar ese análisis lo transfieren luego a la Iglesia, con lo que acaban ellos mismos por no encontrar ya a la Iglesia. Y por último, en el tercer caso, hay cristianos que, por determinadas razones, se preguntan si dar o no un voto al marxismo en unas elecciones. Ellos creen que esta acción, que se reduce sólo a un momento determinado, el voto, tiene menos repercusión para el individuo. Sin embargo, la verdad es que tiene unas influencias enormes en la sociedad.

—El eurocomunismo se presenta, a la luz de las últimas polémicas en Italia, como un sistema que ya no aplica el ateísmo en su análisis.

—El eurocomunismo parece encontrarse con dos posturas en nuestro país. La de quienes afirman que asistimos a una evolución real dentro de los partidos comunistas; una opinión que respeto. Y la de quienes aseguran que todo es pura táctica; opinión que respeto también. Que cada uno escoja. Personalmente sólo voy a decir que me gustaría ver en qué acaba la experiencia italiana. Como Delibes, también digo aquello de «yo prefiero que ensayen en otro sitio».

—Avila es una diócesis altamente rural, con unos índices de población envejecida igualmente elevados, a cuenta de la emigración. No parece que el obispo pueda hacer mucho por modificar este panorama.

—Más de la mitad de la población —el cincuenta y uno por ciento— vive de la agricultura, y estamos entre las cinco últimas provincias españolas, por lo que se refiere a la renta «per cápita». Casi una tercera parte ha emigrado de aquí. La Iglesia lo único que puede hacer es ofrecer personas, despertar conciencias. Pero es la Administración la que tiene que intervenir.

—A las gentes de Avila, castellanos puros ellos, ¿cómo los define el obispo?

—Son gentes sencillas y nobles, austeras y con alta capacidad de sacrificio. Su religiosidad es muy profunda. Por lo demás, es una población unitaria, aquí votaron muchos por el mismo partido en las elecciones, como sabe, por la UCD.

—El Presidente del Gobierno es abulense, ¿le conoce el obispo?

—No he tenido ocasión alguna de saludarle.

—O sea, que el obispo de Avila se siente confiado y seguro, incluso ante los políticos y los partidos políticos.

—El cristianismo tiene una experiencia y un sentido de lo que es el hombre del que carecen los partidos políticos. Por eso yo me siento sin complejos ante las diversas ofertas de los grupos políticos, y procuraré que esto sea también criterio para los creyentes de la diócesis. Yo les digo que el cristianismo ha vivido bajo toda clase de regímenes. Que las leyes civiles pueden ser las que sean, y ojalá sean las mejores posibles. Pero que lo que realmente importa es lo que seamos nosotros.

(Luego, el fotógrafo se me puso de mal humor porque no se atrevió a hacer unas fotos cuando el obispo, botella en mano, nos sirvió unas copas.)

Antonio  
CASTRO ZAFRA